

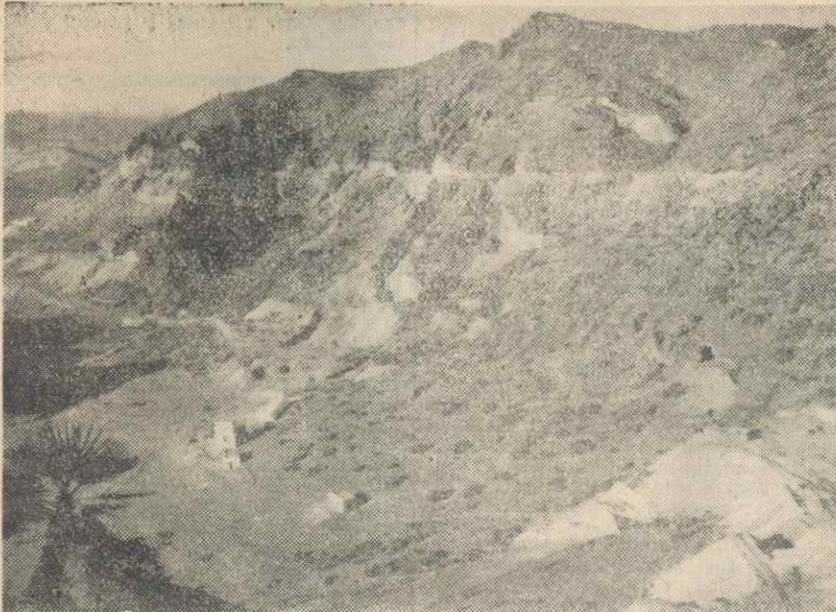
9. XII. 54

La ruta del oro

RODALQUILAR,

allá en la provincia de Almería

Por FRANCISCO JAVIER BUENO



Una vista parcial del cerro del Cinto, donde actualmente se llevan a cabo las explotaciones auríferas de Rodalquilar. El aspecto agreste del terreno contrasta con la riqueza que encierra en sus entrañas. Como un secreto, como un misterio que sólo el hombre, con el sudor de su frente, puede descubrir

Tengo la seguridad—y no es generalizar por generalizar—de que los españoles, salvo honrosas excepciones, estamos al margen de nuestra riqueza, de nuestra geografía, de muchos de nuestros valores. El desconocimiento de cuanto España encierra es casi general. Así, por ejemplo, hasta hace muy poco yo no tuve conocimiento de que en nuestro país existiesen unas **importantísimas** minas de oro.

Me enteré de que tales minas de oro existían, y de su emplazamiento, de la forma más peregrina. Un amigo mío que es un tipo realmente curioso, pero una auténtica veleta en su habitual manera de proceder, en cierta ocasión me dijo que pensaba ingresar en un convento como trapense; en otra, que había decidido marchar a la Legión Extranjera. Aunque yo no le hacía ni mucho ni poco caso, él seguía, impertérrito, informándome de todos sus proyectos. Hasta que un día, ha unos meses...

—¿Sabes que voy a hacerme buscador de oro?

—Hombre, eso es interesante. Pero ¿piensas marcharte al Far West?

—¡Qué va! Solamente a quinientos kilómetros de Madrid, a un pueblito minero de la provincia de Almería; concretamente, a Rodalquilar.

Me picó la curiosidad. Es cierto. Y no porque alguna vez haya pasado por mi imaginación la idea de hacerme rico como aventurero, sino porque, si sus palabras respondían a una realidad, allí podía encerrarse una buena información periodística. Luego pude comprobar que, en parte, sí. Y aclaro esto de "en parte" porque mi amigo tenía la idea de que a Rodalquilar sólo había que ir con un pico y una pala, y ya se encontraba el oro. Ni mucho menos. Pero, a todo evento, inquirí datos. Mas de muy poco pude enterarme. Y, ya por mi cuenta, comencé las averiguaciones.

Justo será que consigne que estas dieron fruto por verdadera casualidad. Hallé a un conocido que durante el verano perteneció al Servicio Universitario de Trabajo (S. U. T.). Este poseía pistas reales.

coches—me informó el empleado—. Apenas hace diez minutos. A las cuatro de la tarde.

—Y mañana, a la misma hora, supongo...

—Pues supone mal—replicóme, amable—. Hasta el lunes no hay combinación. Dos veces a la semana: lunes y jueves.

El empleado debió de ver la cara que ponía.

—No se disguste, señor. Pues, en confianza, le diré que estos coches, que son los únicos que salen, no le convienen. Dan la vuelta a toda la provincia antes de llegar a Rodalquilar.

El químico de Rodalquilar, hombre grueso y simpático, se volvió hacia mí: —Ya pisamos sobre oro.

Jamás disfruté de alfombra tan costosa. Y sin quererlo mostré extrañeza.

—Sí, hombre, sí. Ya pisamos sobre oro. Eso dígalo en su reportaje. Es periodístico. Tenga en cuenta que también tengo yo algo de su profesión. Cuando cursaba la carrera de Ciencias Químicas, para costearme los estudios trabajé como linotipista en algunos periódicos de Madrid.

—Entre compañeros, entonces—le dije—. Pero, por favor, acláreme eso de la alfombra dorada.

—Quiero decirle que todo este terreno está declarado como zona aurífera.

—¡Ah, bueno!

—Ahora mire hacia la izquierda. Ahí tiene lo que llamamos el cerro del Cinto. Es ahí de donde estos últimos meses se extrae el mineral...

Más adelante, o en futuros reportajes sobre el tema, aclararemos estos puntos, que así pueden ofrecerse confusos.

Y ya, de verdad de verdad, estamos en lo que es propiamente la mina.

—Lléveme—digo al chofer—al despacho del director.

Voy contemplando lo que a mi vista se presenta. Todo un pueblo minero. Un auténtico pueblo minero. Con todo su encanto, con todo su sabor, con toda su dureza. Los rostros de las gentes, de los hombres, tienen esa pátina particularísima que da el trabajo duro, el cambio de unas horas al sol y otras en las entrañas de la tierra. No puedo resistirme a pensar en aquello de "Ganarás el pan con el sudor de tu frente", precepto bíblico.

Mi filosofar se desvanece cuando el director, don Ramón de Rotaache, me recibe. Le saludo de prisa, pues ansio preguntar.

El quiere que vayamos por partes. Yo, directamente al asunto. Puntos de vista que separan a un ingeniero y a un periodista. Método y tremolino. Un primer reportaje de serie que se escapa sin noticia, pero bueno es, aunque llegue



Este podía ser el romance del hombre y la piedra. Ahí está, en las manos del obrero, el trozo de roca que es como un joyero. El brillo del metal dorado se resguarda, se cubre cual mocita pudorosa.—(Fotos Ruiz Martín.)

—Mira—me dijo—, estas minas pertenecen al E. N. A. (Empresa Nacional Adaro), que depende directamente del Instituto Nacional de Industria. Actualmente están en período de investigación y muy pronto entraran en el de explotación.

No me hizo falta saber más. El reportaje estaba allí, que no en Madrid. "La ruta del oro". Decidí el título al recordar aquella admirable serie que escribí en estas mismas columnas de MADRID mi entrañable y brillante compañero Marino Gómez-Santos.

A buscar oro. Diecisiete horas de viaje, y me planto en Almería. Tras instalarme en un hotel, comienza la segunda parte. Hay que ir hasta Rodalquilar. Pero ¿cómo? ¡Ah! Esa era la dificultad. Había que salvarla. Para ello atendí el viejo proverbio de que "Pre-guntando se llega a Roma".

Era jueves, por la tarde. Fui hasta la oficina de una Empresa de coches de viajeros. Un guardia me había asegurado que desde allí podían conducirme.

—Sí, señor. Acaba de salir uno de esos

—Algo así como el "Tour" de Almería...

—Exactamente.

—¿Entonces...?

—Verá. Máchese tranquilamente al hotel donde se hospeda y advierta a los conserjes que le avisen cuando llegue un coche de la mina. Ellos le llevarán directamente.

Hice caso a la advertencia. Jueves, viernes, sábado, domingo... Largas horas en el ambiente aburrido de un hotel provinciano. Casi prisionero. No me atrevía ni a salir para tomar un café o una caña de cerveza. En ese breve espacio podía hacer la mala suerte que llegase el coche de la mina. Y marcharse. Cuatro días de nueva espera o el "Tour" de Almería. A elegir.

Mi paciencia tuvo su premio, aunque tardío. Resplandeció el sol de aquel lunes. Me hallaba almorzando cuando los conserjes casi echaron las campanas a todo vuelo:

—Señor Bueno, señor Bueno—gritaban por el comedor, como si la información fueran a hacerla ellos—, que ha llegado el coche de la mina. Que ha llegado él...

Mi felicidad hizo burla al tercer plato y al postre, que se murieron de risa.

—Le están esperando. Ya les hemos puesto al corriente de su proyecto.

En el coche—un Ford pequeño, pero eficaz—estaban el químico de Rodalquilar, un fotógrafo que iba a no sé qué trabajos y que luego me resultó muy útil, un empleado de la oficina, un minero, el chofer, y allí, como pude, me acomodé.

La perspectiva que se ofrecía ante mí a la primera impresión era espléndida. Y no—ni muchísimo menos—por la belleza del lugar ni el pintoresquismo del paisaje—que había de todo—, sino por el aire de laboriosidad que allí se respiraba a pleno pulmón.

Entre un detalle y otro, nos habíamos metido en las seis de la tarde. Aún faltaba un buen trecho cuando ya vi volver a los obreros. A los que vivían en los pueblecitos cercanos. Casi todos, en bicicleta.

cuando el punto final parece reclamar su puesto de póstumo honor en el teclado de la máquina.

—¿Qué cantidad de oro se recoge actualmente?

—Teniendo en cuenta que a diario se tratan unas sesenta toneladas de mineral y que de cada tonelada se extraen cuatro o cinco gramos de oro, haga nú-meros.

—Y los hacemos. Sesenta por cuatro y medio—promediamos—, por treinta, por doce...

—¡Ya está! Ochenta y cinco kilos con doscientos gramos anualmente.

Y como no tenemos idea de si esto es mucho o poco, porque cuando a uno le hablan de algo que vale más de cinco mil pesetas ya pierde los estribos, pregunto:

—¿Es bastante?

—Mi querido amigo, aquí, ahora, no estamos haciendo un negocio, sino en un período de mera investigación. La explotación vendrá después. Dentro de un mes, si es posible, p-esto que ya está en marcha la nueva planta. Ha sido adquirida en los Estados Unidos, y ha costado seiscientos mil dólares (veinticuatro millones de pesetas).

—¿Ventajas de esta nueva planta?

—Pues, entre otras, que se tratará diariamente una cantidad de mineral diez veces mayor; es decir, seiscientos toneladas. Vuelva a hacer números.

Otra vez lapicero y libreta. Y luego, para contar con los dedos, pues la aritmética hace tiempo que a uno se le olvidó. Seiscientos por cuatro y medio, por treinta y por doce, igual a novecientos setenta y dos kilos de oro al año. Esto, si Pitágoras no miente...

—¿Es bastante?

—Está bien...

¡Estos ingenieros!... Siempre deseosos de más y más. Ellos, a Dios gracias, ven tan cerca, en sus números y sus planos, el gran porvenir de la Patria...

El próximo artículo se titulará:

LA MARCHA CRECIENTE DE
UNA EXPLOTACION MINERA